

ALEXIS DE TOCQUEVILLE, CONTEMPORANEO NUESTRO (*)

No puede abrigarse duda alguna de que asistimos hoy día a un verdadero renacimiento de Tocqueville. En los Estados Unidos, en Alemania, en Inglaterra, se han publicado muchas ediciones de sus obras principales —*De la démocratie en Amérique* y de *L'Ancien Régime* así como de sus *Souvenirs*— y, lo que es significativo, algunas de ellas en las llamadas ediciones de «libros de bolsillo»; y en la patria de Tocqueville se está llevando a cabo la publicación de una nueva y definitiva edición completa de sus obras de la que ya han aparecido once volúmenes. También ha aparecido recientemente, en muchos países, un considerable número de volúmenes que consideran diversos aspectos del pensamiento de Tocqueville, aunque no todos ellos hayan derramado nueva luz sobre sus ideas. Parece que se ha puesto de moda tomar el partido de Tocqueville y tal vez yo sea un poco responsable de esta boga.

¿Cuáles son las razones de este interés renovado por Tocqueville? ¿Cómo y por qué puede un pensador político, cuyo ciclo vital se extiende de 1805 a 1859, convertirse en contemporáneo nuestro? ¿Por qué hoy día nos parecen vitales sus enseñanzas? No es que se hubiera olvidado a Tocqueville. Ni mucho menos. Es indudable que, en Francia, su renombre como analizador político se había eclipsado, quizá desde los comienzos de la Tercera República; desde entonces se le consideró primeramente como historiador y, a través de la obra de Taine y Alberto Sorel, por no mencionar otros, el autor del *Ancien Régime* en particular ha permanecido cercano a la pasada y actual generación de historiadores. Tocqueville como sociólogo y como gran analizador político es un descubrimiento y redescubrimiento de nuestra época.

Los ismos de nuestros años jóvenes están muertos. Ni el socialismo ni el conservadurismo parecen poder responder a las preguntas que nuestro tiempo presenta y, por consiguiente, es natural que nuestro interés se vuelva hacia un pensador al que siempre ha sido difícil clasificar. (Si se me permite decirlo incidentalmente, mi propio interés en Tocqueville tuvo sus orígenes en compa-

(*) En este artículo se refleja la conferencia pronunciada por el autor, el 23 de mayo de 1962, en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

raciones histórico-sociológicas entre el autor de los *Souvenirs* y su más joven contemporáneo Karl Marx, el autor de *The Eighteenth Brumaire*.) Tocqueville no fué ni «de izquierdas» ni «de derechas» y esto constituye probablemente la razón principal de que, hasta tiempos bastante recientes, el pensamiento político francés se mantuviese alejado de Tocqueville. El francés prefiere clasificaciones claras, aunque deformen complejas realidades sociales.

Naturalmente, Tocqueville fué un aristócrata, un vástago de la vieja nobleza normanda; él dijo de sí mismo que sus «instintos» eran aristocráticos y la capacidad de auto-análisis de Tocqueville estaba a la altura de la de los grandes moralistas franceses. (Tal vez fuera Pascal el más próximo a él.) Por otro lado, no negó la tendencia inevitable hacia una edad igualitaria, proceso que analizó con sin igual maestría, desde la Edad Media europea hasta el futuro que se ha convertido en nuestro presente... Su tarea consistió en reconciliar su herencia aristocrática y su atisbo sociológico, en formularlo en una teoría política. Sólo hace poco tiempo descubrimos entre sus papeles una nota en que escribió, obviamente para su propio gobierno, evocando el famoso *Mémorial* de Pascal, lo que consideraba su doble tarea: «Soy nieto del señor de M. (Malesherbes). Nadie ignora que el señor de M., después de haber defendido al pueblo ante el rey Luis XVI, defendió al rey Luis XVI delante del pueblo. Es un ejemplo doble que yo nunca he olvidado ni olvidaré jamás...» No existe, tal vez, ejemplo más conmovedor del incesante auto-análisis de Tocqueville.

Su referencia a Malesherbes no era en modo alguno simple culto ancestral. Malesherbes pertenece a la pequeña familia de grandes magistrados franceses como Bodino y Montesquieu; con el último tiene quizá Tocqueville la más estrecha afinidad. Desde sus más tiernos años siempre tuvo presentes la *Grandeur et décadence des Romains* y el *Esprit des Lois* de Montesquieu. De la pluma de Tocqueville fluyen naturalmente referencias a Montesquieu. Todo el que examine los cuadernos de notas de Tocqueville, que fué escribiendo mientras viajaba por los Estados Unidos y las Islas Británicas, se verá sorprendido por la extensión con que sus observaciones se centran en torno a las instituciones y estructuras legales. De su comprensión tomó su análisis el punto de partida. Pudo ver en instituciones y documentos legales las más amplias ramificaciones sociales de una sociedad. Creo que fué este enfoque, apoyado en una profunda y original orientación histórica, el que ha dado a la *Democracy in America* de Tocqueville su carácter permanente o, si se prefiere, actual, porque las estructuras legales cambian más lentamente que otros estratos culturales. Tocqueville fué menos un profeta que un analizador, uno de los más grandes desde Aristóteles y Maquiavelo, como Dilthey nos ha recordado. Así, por ejemplo, de un modo general, la estructura legal de los

Estados Unidos de América de 1831 permanece aún hoy, tanto si consideramos el Derecho penal como el civil.

Es indudable que mucho de lo que se dice en la *Democracy in America* de Tocqueville debe ser considerado como vigente para una época determinada; por ejemplo, poco es pertinente hoy día de su descripción del papel del Presidente americano; no puede considerársele en absoluto como un *faible fonctionnaire*, aunque hayan existido presidentes americanos muy «apagados» e incluso en tiempos recientes. Tampoco es adecuado hoy día el análisis de Tocqueville si se quiere comprender el sistema americano de partidos. Sin embargo, en el volumen II de su obra, encontramos en seguida una interpretación válida de la sociedad americana actual y de la americanización que en todas partes se observa, incluso en España. Tocqueville anticipó los peligros de una sociedad de masas en que una multitud de personas iguales y similares, si se les puede llamar «personas», busca placeres y satisfacciones mediocres. (No podía anticipar el cine ni los beneficios de nuestra televisión contemporánea pero sus comentarios sobre *l'industrie littéraire* pueden fácilmente aplicarse a nuestro moderno ambiente de masas). Y por encima de esta masa ha surgido un monstruoso poder tutelar «que provee a su seguridad, prevee y asegura sus necesidades, dirige su industria, regla sus sucesiones o herencias, divide sus heredades; ¡qué no pudiera quitárseles completamente la molestia de pensar y la pena de vivir!» (*Oeuvres complètes*, ed. Mayer, I, 2, página 324).

Yo mismo he observado a lo largo de diferentes y prolongados viajes por los Estados Unidos de América hasta qué punto la «inteligencia» americana se está volviendo hacia el análisis de Tocqueville con objeto de encontrar una guía en su profundo malestar, y lo mismo hacen sus dirigentes, como David Riesman, Robert Oppenheimer o actualmente su joven presidente, John F. Kennedy. Ciertamente Tocqueville no puede facilitar respuestas a las interrogantes de nuestro tiempo. No mantengo el culto de Tocqueville. Pero ciertamente puede ayudarnos a buscar las respuestas adecuadas y con mucha frecuencia las respuestas adecuadas son más importantes que las fáciles...

Tocqueville se dió cuenta de que la nueva época de masas, con su fuerte y casi absoluto poder estatal, necesitaba una nueva ciencia política. «La cosa es nueva; es necesario, por consiguiente, tratar de definirla, puesto que yo no puedo denominarla.» (*Oeuvres*, I, 2, pág. 324.) Por todas parte en Europa, Tocqueville lo vió, el poder estatal central está en aumento: «A medida que las atribuciones del poder central aumentan, el número de funcionarios que le representa se acrecienta. Forman una nación dentro de cada nación, y como el Gobierno les presta su estabilidad, rempazan cada vez más a la aristocracia.» (*Oeuvres*, I, 2, pág. 312.) Tampoco hay en Tocqueville ilusión alguna.

con relación al carácter más que formal de este tipo de centralización. «Afirmo que no hay país en Europa en que la administración pública no se haya vuelto, no solamente más centralizada, sino más inquisitiva y pormenorizada; por todas partes interviene más que antes en los asuntos privados; conforma a su manera un mayor número de acciones y de acciones menos significativas, y se establece cada vez más, todos los días, al lado, alrededor y sobre cada persona, para asistirle, aconsejarle y coartarle.» (*Oeuvres*, I, 2, pág. 313.) Ciertamente Tocqueville no fué el primer sociólogo político que atisbó la centralización estatal, pero sí fué el primero que consideró sus consecuencias para los valores y el comportamiento del hombre. De hecho fué un sociólogo político existencialista. Sus dos obras principales —la *Democracy* y el *Ancien Régime*— son estudios comparativos de la administración estatal. Provenía de una familia de grandes administradores. Hemos mencionado a su bisabuelo materno, Malesherbes, el amigo de los enciclopedistas, una de las más finas mentes liberales del siglo XVIII; su padre, Hervé de Tocqueville, fué prefecto de varios departamentos franceses y, dicho sea de paso, un distinguido historiador por propio derecho. Padre e hijo estuvieron muy unidos. Siempre he admirado un retrato, en el castillo de Tocqueville, que muestra como Tocqueville padre dicta informes administrativos al atento Alexis, a la sazón de unos dieciséis años de edad. Alexis de Tocqueville ha aprendido la práctica administrativa siendo un muchacho. Mientras el segundo volumen de *De la démocratie en Amérique* analiza y proyecta la estructura del sistema americano en el futuro, el *Ancien Régime*, quizá su obra más madura, estudia el curso y efecto de la centralización estatal a partir del paradigma de la Revolución francesa, que Tocqueville encaja en comparaciones altamente ilustrativas con desarrollos histórico-sociales ingleses y alemanes. La lección política de ambos trabajos está lejos de ser obvia. Así leemos en *De la démocratie en Amérique*: «Pienso que, en los siglos democráticos que van a abrirse, la independencia individual y las libertades locales serán siempre un producto del arte. La centralización será el gobierno natural.» (*Oeuvres*, I, 2, pág. 303). Nuestras actuales estructuras estatales —en todas partes— testifican la perspicacia y sabiduría de estas frases. El *Ancien Régime* no llega a conclusiones diferentes, como puede colegirse de las líneas siguientes: «Los primeros esfuerzos de la Revolución habían destruído esta gran institución de la monarquía; fué restaurada en 1800. No son, como se ha dicho muchas veces, los principios de 1789, en materia de administración pública, los que triunfaron en aquella época y posteriormente sino, por el contrario, los del «Antiguo Régimen» que se volvieron a poner en vigor y siguen estándolo. Si se me preguntase cómo esta porción del «Antiguo Régimen» pudo ser así transportada de golpe a una sociedad nueva e incorporarse a ella, respondería que, si la cen-

tralización no ha perecido en la Revolución, fué porque ella misma era el comienzo de esta revolución y su signo, y añadiría que, cuando un pueblo ha destruído en su seno la aristocracia, corre hacia la centralización inevitablemente. En consecuencia, hacen falta muchos menos esfuerzos para precipitarla en esta pendiente que para retenerla en ella. En su seno, todos los poderes tienden naturalmente hacia la unidad y *no es más que con mucho de arte* (cursiva nuestra) como se puede llegar a mantenerles civilizados. La revolución democrática, que ha destruído tantas instituciones del «Antiguo Régimen», debía por consiguiente consolidar ésta, y la centralización encontraba tan naturalmente su lugar en la sociedad que esta revolución había formado que fácilmente ha podido considerársela una de sus obras.» (*Oeuvres*, II, 1, página 129.) Se ve fácilmente cómo las dos obras principales de Tocqueville están relacionadas.

Tocqueville no creía en utopías políticas. Quizá podríamos alcanzar una mayor comprensión de su pensamiento político y sociológico al compararlo con el de su contemporáneo Carlos Marx, treinta años más joven que el eximio francés. Indudablemente, ambos pensadores tienen mucho en común. Tocqueville, como Marx, sostenía que los movimientos de clases son de trascendental importancia para una comprensión del proceso histórico. «Hablo de las clases», escribe Tocqueville en su *Ancien Régime* (*Oeuvres*, ed. Mayer, II, 1, página 179) «ellas solas deben ocupar la historia». También está de acuerdo con Marx en que la Revolución que comenzó su curso fatal en 1789 no se completó ni en 1830 ni en 1848. No hemos presenciado su génesis y no veremos su desenlace. Hasta ahora, Marx y Tocqueville están muy cerca el uno del otro. Pero quizá sus diferencias sean más profundas que sus acuerdos. Mientras Marx enseñó la utopía del «marchitamiento» del Estado, Tocqueville percibió, como ya hemos mostrado, el creciente poder de la centralización estatal. Es indudable que nuestros Estados modernos están, sea donde sea, muy lejos del «debilitamiento».

Y, finalmente, Marx creía que la socialización de los medios de producción llevaría a los hombres al reino de la «libertad e igualdad», mientras que Tocqueville sostuvo que una sociedad basada en la igualdad no es necesariamente una sociedad «libre». A este respecto, es particularmente notable una nota de *De la démocratie en Amérique*. «Cuando un pueblo tiene un Estado social democrático, es decir, que ya no existen en su seno castas ni clases y en él todos los ciudadanos son, poco más o menos, iguales en eminencia y bienes, el espíritu humano camina en sentido contrario. Los hombres se parecen y, en cierto modo, sufren además al no parecerse. Lejos de querer conservar lo poco que todavía puede singularizar a cada uno de ellos, lo único que desean es perderlo para confundirse en la masa común, que sólo representa a sus

ojos el derecho y la fuerza. El espíritu de la individualidad está casi destruido.» (*Oeuvres*, I, 2, pág. 2885.) La imagen del «hombre-organización» de White se alza ante nosotros.

Desde 1851, una profunda desilusión política proyecta su sombra sobre el pensamiento de Tocqueville. Ha visto zozobrar la democracia representativa bajo la dictadura plebiscitaria de Luis Napoleón. Ha servido a éste, durante unos pocos meses, como ministro de Asuntos Exteriores pero, tras la dimisión del segundo Ministerio de Barrot, Tocqueville rehusó todas las ofertas para servirle de nuevo. Se retiró a Tocqueville y dedicó sus pocos últimos años de vida a escribir sus *Souvenirs*, el libro más importante que se ha escrito sobre el período de 1848, y su *Ancien Régime* del que pudo publicar el primer volumen en 1856; el segundo, no menos importante que el primero, sólo apareció como volumen II, 2 en nuestra edición de las obras completas de Tocqueville. Tal vez con su desengaño político se desarrolló también una creciente afinidad con las creencias católicas. En su juventud, Tocqueville debe ser considerado «deísta» y no «cristiano», aunque su comprensión de las actitudes cristianas (y de otras posiciones religiosas) haya sido siempre sutil y profunda. Bajo la influencia de madame Swetchine, íntima amiga de Lacordaire y Donosó Cortés, Tocqueville llegó a revalorizar las creencias de sus antepasados y murió en 1859 como católico creyente. Sus restos están enterrados en el pequeño cementerio aldeano de su querido Tocqueville, en Normandía.

Pero Tocqueville no sólo se ha convertido en contemporáneo nuestro por habernos equipado con los instrumentos para comprender la edad de masas. Profundizó más en sus investigaciones sociológicas: ha analizado el mundo árabe, ha estudiado la estructura social de Rusia y nos ha dejado un intrigante borrador de un libro sobre la India y que nosotros acabamos de publicar. (*Oeuvres*, III, 1.) En él penetra profundamente en la mentalidad india. Tocqueville, como todos los grandes sociólogos, desde Montesquieu a Max Weber, pensó que el análisis de mundos extraeuropeos ampliaba y daba profundidad a la comprensión de su propio mundo.

Si se me preguntase: ¿cuál fué la principal contribución de Tocqueville para una comprensión histórico-sociológica del mundo?, tal vez respondería que combinó un enfoque histórico con un enfoque analítico, y ambos se encajaron en una orientación normativa de la que tantos de nuestros colegas, de todo el mundo, se alejan hoy día. En ningún período de su vida, dejó Tocqueville de defender sus valores. Una carta a su amigo Stoffels, escrita en julio de 1848, lo testifica. Permítaseme citar unas pocas líneas como conclusión tal vez adecuada de esta conferencia: «En suma, he llegado a preguntarme si de aquí a mucho tiempo podrá construirse algo sólido y duradero

sobre el suelo movedizo de nuestra sociedad, incluso el poder absoluto, al que tantas gentes, cansadas de tormentas, se acomodarían como si de un puerto se tratase a falta de nada mejor. No hemos presenciado el comienzo de esta gran revolución en la especie humana; tampoco veremos su fin. Si tuviera hijos, les repetiría esto sin cesar y les diría todos los días que vivimos en un tiempo y en una sociedad en que es necesario mostrarse dispuesto a todo y preparado para todo; porque nadie está seguro de su destino. Y, sobre todo, añadiría que en este país bien conviene no contar con nada de lo que se os pueda privar sino pensar solamente en adquirir lo que sólo puede perderse con la muerte: energía, valor, ciencia, espíritu educativo. Adiós, mi querido amigo, en lo que te digo de sombrío sobre el futuro influye la disposición melancólica en que me sume el momento en que te escribo; cree siempre en mi sincera amistad...»

J. P. MAYER

R É S U M É

L'on peut considérer de Tocqueville, dont le cycle vital se déroule de 1805 à 1859, comme un contemporain, car ses enseignements continuent à avoir un intérêt vital pour nous. En tant que sociologue et comme grand analyste politique l'on est en droit de dire que notre époque l'a découvert, ré-découvert même.

De Tocqueville sut comment marier son apanage aristocratique à la compréhension des nombreux embranchements du tronc de la société, et sut aussi en tirer une théorie politique. C'est cette optique, étayée par une orientation historique originale et profonde, qui a donné à son oeuvre un caractère permanent, actuel, pourrait-on dire.

Encore faut-il avouer qu'une grande partie de ce qui nous est dit dans "La Démocratie en Amérique" n'a de valeur que pour une époque déterminée, si bien on peut encore y trouver une interprétation valable de la société américaine actuelle, de l'américanisation que l'on constate de partout, des dangers d'une société de masses où une multitude de personnes égales et similaires soupirent après les mêmes choses médiocres, se laissant guider aveuglement par la puissance tutélaire qui fait tout à leur place, jusques y compris penser.

Il se rendit compte que la nouvelle époque des masses demandait une nouvelle science politique. Si bien on ne saurait le considérer comme le premier sociologue politique qui ait perçu la centralisation étatisée, il fut sans doute le premier à en considérer les conséquences quant aux valeurs et à la conduite humaine. Il fut, de fait, un sociologue politique existencialiste.

D'accord sur ce point avec Marx il affirmait que les mouvements de classes sont d'une portée transcendante pour bien saisir le processus historique, les différences avec Marx, cependant, l'emportant de beaucoup sur les similitudes.

Ce n'est pas seulement parce qu'il nous a fourni les instruments nous permettant de comprendre l'âge des masses que de Tocqueville est devenu notre contemporain. Il nous a laissé aussi une analyse du monde arabe, il a étudié la structure sociale de la Russie et nous conservons de lui un intéressant brouillon sur l'Inde, sa meilleure contribution étant, toutefois, sa double optique historique et analytique enlacées par une orientation normative qui rend possible une compréhension historico-sociologique du monde.

S U M M A R Y

Tocqueville, who lived from 1805-1859, can be well considered as one of our contemporaries because his teachings are still vital to us. As a sociologist and as a great political analyzer he is a discovery and rediscovery of our time.

Tocqueville gained his aristocratic inheritance by his comprehension of the widest social ramifications of one society and he knew how to make in into a political theory. It was this approach supported by a profound and original historical orientation that gave his work a permanent or, better still, actual character.

It is true that a lot of what is said in American Democracy is only in force for a determined epoch, but, however, we find in it a valid interpretation of American society today, of "americanization" which is apparent everywhere, of the dangers of a society of masses in which a multitude of equal and similar persons are seeking the same mediocre things by letting themselves be blindly let on by a monstrous protective power which does everything and practically even, thinks for them.

He realized that the new epoch of masses needed a new political science. True he was not the first political sociologist to observe statal centralization but he was the first to consider its consequences for the values and behaviour of man. In fact he was an existentialist political sociologist. Like Marx, he believed that the movements of classes are of transcendental importance for comprehension of the historical process, but his differences with Marx are perhaps deeper than his similitudes.

But Tocqueville has not only been converted into our contemporary by

having equipped us with the instruments to understand the age of the masses. He has analyzed the Arab world, studied the social structure of Russia and has left us an interesting draft on India. Tocqueville's greatest contribution to historical-sociological comprehension of the world was that he combined a historical approach with an analytical approach and fitted both together in a normative orientation.

